

Revista de Pastoral Juvenil

MISIÓN Joven



Separata

MJ 543 (Abril 2022)

estudios

Páginas 27-32 y páginas 49-52

**Perfil del cristiano
significativo, hoy**

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB



estudios

Perfil del cristiano significativo, hoy

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB
Universidad Pontificia Comillas

Síntesis del artículo

El autor parte de su experiencia de acompañamiento de jóvenes en sus procesos de crecimiento en la fe y delinea algunos rasgos esenciales que caracterizarían el perfil creyente de muchos de ellos dentro de la originalidad de cada persona y su experiencia creyente. La experiencia de la cercanía de Dios, el camino de crecimiento muy pegado al día a día y la progresiva conciencia de fe, la experiencia comunitaria en la que vivir, compartir y celebrar la fe, la lucidez de su identidad en la realidad plural que habitamos, el acompañamiento personal y el discernimiento, son algunos de los acentos que definirían hoy un perfil creyente maduro y significativo.

#PALABRAS CLAVE: madurez, experiencia, fe, conciencia, comunidad, acompañamiento, discernimiento, camino, compromiso.

Abstract

The author starts from his experience of accompanying young people in their processes of growth in faith and outlines some essential features that characterise the believing profile of many of them within the originality of each person and their experience of faith. The experience of the closeness of God, the path of growth closely linked to the day-to-day and the progressive awareness of faith, the community experience in which to live, share and celebrate faith, the lucidity of their identity in the plural reality we inhabit, personal accompaniment and discernment, are some of the accents that would define a mature and significant believing profile today.

#KEYWORDS: maturity, experience, faith, conscience, community, accompaniment, discernment, journey, commitment.

1 A modo de introducción

Interrogantes

El título sobre el que se me ha propuesto reflexionar está lleno de interrogantes. Imagino que serán compartidos.

¿Hay un perfil? ¿No deberíamos hablar de perfiles? Esta primera cuestión, lejos de ser

una deriva relativista en la que perderse y concluir que *todo vale*, atiende al dato evidente de la vivencia diferenciada que se da en los cristianos. No es lo mismo la vivencia de la fe para una persona joven que para una adulta o anciana. De igual manera, difieren la sensibilidad y las expresiones de cristianos de diferentes procedencias, bien sean geográficas, sociales o culturales; incluso, dentro de una

misma cultura o sociedad —rural o urbana o entre barrios de una misma ciudad—. Por no hablar de la diversidad de historias vitales, biográficas, que cada uno ha recorrido.

Por otra parte, al hablar de su significatividad, podemos preguntarnos ¿es una obligación ser significativo? ¿Qué entendemos por ello? También, desde otro ángulo, ¿acaso hay un cristiano que no sea significativo? ¿Qué o quiénes dicen «tú sí eres significativo y tú no»?

Por último, la coletilla sobre el *hoy* se entrelaza con las anteriores preguntas y suscita el interrogante de si los cristianos de otros tiempos carecen de significatividad para nosotros. Al fin y al cabo, cuando nos sumergimos en los evangelios correlacionamos diferentes elementos del discipulado *de ayer* con nosotros y constatamos que su validez es permanente; por no hablar de cristianos ejemplares de otro tiempo que consideramos bien actuales: Francisco de Sales y su llamada universal a la santidad, Ignacio de Loyola o Teresa

de Jesús con sus itinerarios espirituales, que tanta luz dan a los nuestros, Don Bosco con su entrega y propuesta de santidad a los jóvenes, que estimula la de tantas personas, y otros muchos que siendo de ayer, son bien actuales.

Explicitando estos interrogantes, que han de situar todo lo que pueda decir, puedo caer en tres riesgos; uno de ellos inevitable. El primero es la tentación de no decir nada, puesto que es imposible dar respues-

ta a cada una de estas cuestiones en un breve ensayo. El segundo es decir algo tan genérico que, al pretender ir a lo esencial, se pierda la particularidad y no sea más que una apretada síntesis de cualquier catecismo. Por último, dado que hemos de proponer algo, lo que se diga será parcial, mejorable, discutible, opinable, puesto que tomaré opciones y, por lo mismo, renunciaré a perfilar con precisión todo; aspecto que quiero ofrecer como invitación al amable lector para que reflexione, amplíe, concrete, según su sensibilidad y contexto.

Opciones

En concreto, me sitúo contemplando a una franja de edad o de momento vital, o de maduración: los jóvenes, con la indeterminación que eso supone. Cada vez tienden a ser incluidos en la adolescencia y su delimitación con la vida adulta también es difusa. Con todo, bien sabemos que es un momento vital de especial importancia, donde se suceden los descubrimientos, reformulaciones y asimilaciones vitales, donde se toman decisiones cargadas de cierta transcendencia —para uno mismo y para los demás—, donde se va cristalizando de manera más clara la propia identidad, etc. Un momento, en definitiva, caracterizado por la polaridad cambio-estabilidad bajo la dinámica del autoproceso. Es cierto que esta polaridad y dinámica son permanentes en la vida, pero en estas edades cobran especial relevancia.

Por otra parte, tanto la calificación como *significativo* y su concreción *hoy*, me hacen centrarme en algunos rasgos de este perfil que queremos delinear, omitiendo otros; no por su falta de interés o necesidad, sino porque en el camino compartido con jóvenes creyentes y no creyentes, percibo el protagonismo de unos y el papel secundario de otros, aunque estos últimos puedan ser esenciales, objetivamente hablando —si es que se puede



hablar así—. Por último, como iré desgranando, cada uno de estos rasgos remiten a otros. En la vida no hay compartimentos estancos, menos todavía cuando quiere ser vivida de forma auténtica y coherente.

2 Rasgos del joven cristiano

«Tocado» por Dios

En algunos casos no se sabe cómo explicarlo, ni siquiera definir un momento singular, pero un cristiano se sabe *tocado* por Dios. Caminos para llegar a esta afirmación hay muchos: un conjunto de experiencias —incluso al margen de la fe—, que hacen percibir la presencia amorosa e incondicional de Alguien que no soy yo y me reclama para sí; un proceso, a veces rutinario y cotidiano, dentro de una comunidad, que, al principio es considerado como una decisión personal pero que, con el tiempo, es leído como un camino de respuesta a la llamada de Dios; una atracción hacia Jesús y su modo de vida, aunque no haya una formulación explícita de su divinidad; etc.

En cualquiera de los casos, la presencia sentida de Dios en la propia vida es incontestable, por muchas dudas que se tengan, y su atracción, también. De ahí que la vida de oración y la coherencia con lo que Dios quiere, siempre se consideren deficitarias. Habrá momentos de mayor intensidad, otros de mayor profundidad, otros de cierto distanciamiento o relajación, pero el cristiano siempre tendrá la consciencia de que Dios le acompaña, sostiene y pretende impulsarle y guiarle por los mejores caminos para su felicidad, aunque no siempre se le haga caso y aunque lo que le toque vivir sea difícil y doloroso.

La consciencia de la presencia y cercanía íntima de Dios para el cristiano es el impulso que irá modulando la imagen que tiene de este. Lejos de ser un vago sentimiento, es reconocido como Aquel que, por su Espíritu, mueve

los afectos; lejos de ser algo más en la vida, al mismo nivel que otras tantas cosas, es referencia y Sujeto de confrontación para vivirlo todo, y que se ofrece a través de todo y de todos, sin confundirse con nada ni con nadie; lejos de ser un mero refugio para los malos momentos y excusa para decidir según los primeros impulsos, es presencia permanente que sostiene cuanto soy y brújula hacia el horizonte de mi plenitud, que es Él mismo; lejos de ser algo abstracto y difuso, es quien ha hablado mi lenguaje para hacerse entender, no a través de Jesús de Nazaret, sino *en* Jesús de Nazaret, reconocido como Señor, hermano y amigo.

Por estos motivos, para el cristiano Dios no es una idea más o menos creíble, ni una hipótesis plausible ante diversos interrogantes, ni una respuesta a los propios deseos, sino que es Alguien que, en su misterio, ha sabido hacerse el contradicho y manifestarse personalmente en la más cercana intimidad, invitando, como un amigo (cf. *Dei Verbum*, 2), a caminar de su mano hacia su exceso. Unas bellas palabras de Guillermo de Saint-Thierry lo describen de esta manera: «Es él quien se derrama en el corazón de quien ama y lo capacita para recibirle. Se da hasta que el corazón queda saciado de tal modo que nunca disminuye el deseo de esta saciedad. Este impulso de amor es la plenitud del hombre»¹.

Infatigable caminante

Por estos motivos, el cristiano sabe que su fe no es cosa de un día, ni de una etapa vital, ni está reservada a unos momentos semanales, ni a unos lugares concretos, ni a unas personas determinadas, ni se concluye tras la recepción de unos sacramentos. Es «un camino que dura toda la vida»². Podríamos decir que ser

¹ G. DE SAINT -THIERRY, *De contemplando Deo*, 6.

² BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 1.

cristiano, más que un infinitivo —*ser* cristiano—, es un gerundio: somos *siendo* cristianos y, como decía Søren Kierkegaard, «cada uno llega serlo en la plenitud del tiempo —si uno llega a serlo—»³.

Si bien el comienzo de este camino está bien *definido*, los hitos de su travesía son desconocidos para el caminante, así como los tiempos en alcanzarlos. Somos *siendo* cristianos cuando recibimos el bautismo. Todavía hoy, para la mayoría de los miembros de nuestras comunidades, es algo recibido de niños y perdido en los amplios salones de la memoria, como decía Agustín de Hipona⁴. Pocos son, de momento, quienes lo reciben con la madurez que requiere este *nuevo nacimiento*. Por suerte, la Iglesia, en su sabiduría, dispuso la institución de la Iniciación Cristiana y, dentro de ella, la recepción de los sacramentos de iniciación, precisamente para que esta opción de vida fuese eso: una opción durante toda la vida y que afecta a todos los ámbitos y niveles de la existencia.

Cabría preguntarse si el cristiano que hoy recorre la Iniciación Cristiana lo hace conscientemente, de forma personalizada en los tiempos de recepción de los sacramentos de iniciación, o todavía pesa demasiado la inercia sociológica intraeclesial, en la que, en unas edades o en unos cursos escolares determinados, se recibe la Primera Comuni3n y la Confirmación, como si fueran pisos comunicados por unas escaleras automáticas. De igual manera, sería un buen indicador de la validez de cuanto hacemos si, al finalizar la recepción de los sacramentos de iniciación, el cristiano tiene conciencia, no solo de esta gradualidad, sino del carácter permanente de

las opciones tomadas⁵; no como algo hecho, concluido en el pasado, sino como algo en lo que permanecer profundizando, creciendo, consolidando, fortaleciendo. Como vemos, todo en gerundio.

Y es que, en una vida considerada cristiana no se tiene nada ganado, por el mismo motivo que en la vida al margen de Dios tampoco se tiene. Las decisiones tomadas es necesario cuidarlas para mantenerlas, para consolidarlas, para hacerlas crecer y fructificar. También, porque a lo largo de la vida surgen nuevos escenarios en los que se ha de descubrir cómo vivir la fe, qué es lo que Dios pide, cómo hemos de responder; o surgen nuevos interrogantes, algunos de ellos sin respuesta, debiendo aprender cómo vivir con los enigmas en la nocturnidad de nuestros días.

Quizá sea esta una de las pocas certidumbres del camino de fe: que él mismo es una incertidumbre. Algo que no es malo, ni evitable, sino constitutivo del cristiano, porque si a Dios no lo podemos encerrar en unos conceptos, ni comprender totalmente, y a nosotros mismos tampoco, será muy complicado predecir cómo será nuestra vida cristiana. Este espacio de indeterminación y duda, por muy nerviosos que pueda ponernos en algunos momentos, es el hábitat natural de la relación con Dios; de toda sana relación, si lo pensamos bien. Un espacio de libertad, de autonomía, de holgura, de reconocimiento y de crecimiento, de respeto y de confianza ¿acaso no es asfixiante una fe en la que todo se tiene claro? ¿Acaso no da miedo oír hablar

³ S. KIERKEGAARD, *Post Scriptum. No científico y definitivo a «Migajas filosóficas»*, Sígueme, Salamanca 2010, 572.

⁴ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 8, 12. 14

⁵ La Comisión Teológica Internacional se hace eco de esta problemática cuando dice que «en no pocas ocasiones los jóvenes viven la celebración de la confirmación en clave de graduación universitaria: una vez logrado el título no se precisa regresar a las aulas. Otros simplemente entienden la confirmación como una condición para pasos ulteriores, como el matrimonio, sin captar lo propio de este sacramento, desdibujado en el sentir de muchos fieles». Comisión Teológica Internacional, *La reciprocidad entre fe y sacramentos en la economía sacramental* (2021) 99.

a otros con claridad y distinción de cómo actúa Dios? Si tenemos las cosas claras, tanto de Dios como de nuestra fe, ¿no será este dios un pequeño ídolo y nuestra relación con él un mero hablar con uno mismo?

La vida cristiana es relación, por eso no puede predefinirse, como tampoco puede estancarse, no puede darse por concluida, so pena de romper el vínculo. Situación, incluso, que puede restablecerse bajo el signo de la reconciliación; algo que solo depende de nosotros porque por parte de Dios ya hemos sido reconciliados en su Hijo⁶.

Junto a otros, junto a todos

En este camino que dura toda la vida, lleno de incertidumbres —y por eso de fe—, de tropiezos y desvíos, de ilusiones y tareas en las que desgastarse llenándose hasta el exceso, el cristiano sabe que su experiencia y actitud religiosa personal no pueden vivirse de manera individual.

Como si se tratase de un pequeño oasis en el desierto, su comunidad cristiana ofrece momentos y relaciones capaces de reparar las heridas y cansancios de su travesía. Quizá los miembros que la componen no sean ideales —como tampoco lo es él—, pero ese tejido vital de quienes comparten la misma fe, aunque sea vivida de forma diversa, le es esencial en su vida cristiana, no solo porque tenga una función terapéutica y reparadora sino de crecimiento y maduración.

La fe que tiene le ha sido transmitida y educada en la comunidad, con sus propuestas y personas concretas, con momentos de especial densidad como son la celebración de los sacramentos, con iniciativas en favor de los

demás, con ofertas para formarse y compartir, participar e implicarse, etc.

Aspirar a vivir la fe al margen de la comunidad no solo es un *suicidio religioso*, sino una deformación de la misma fe. No se puede obviar que, más allá de las funciones que hemos descrito, la comunidad real, con todas las limitaciones que pueda tener y los desencuentros que pueda generar, es «como un sacramento» (*Lumen Gentium* 1) de nuestro Dios, esencialmente trinitario, relacional en la unidad. Del mismo modo, el seguimiento de Jesús se realiza bajo sus mismas opciones, como es la aspiración de congregar e integrar a todos en torno a él y, en concreto, la llamada a unos discípulos que se convertirán en apóstoles; cuya primera misión será la de convivir, junto a otros, con el Maestro.

Por estos motivos, el cristiano se sabe miembro de una tradición que recibe, acoge y transmite. No va solo por la vida porque sabe que la vida y la fe son un don que ha recibido; un don en forma de herencia viva que da lenguaje a su experiencia y concreción en su forma de vivirla, lejos de una búsqueda individual y prometeica. «La fe que quiere estar desligada de la religión, de su revelación, de su historia, de sus rodeos, a fin de obtener una inmediata presencia de lo divino, se halla necesariamente situada en el régimen lógico de la profesión de fe atea. Una cosa es purificar la fe [...] y otra bien distinta es querer una fe inmediata, sin recursos, ni rodeos, sin contenido ni lenguaje»⁷.

De esta dinámica relacional y comunicativa se desprende un elemento no menos importante para el cristiano, como lo es su apertura a todos aquellos que comparten sus días, aunque no se llamen cristianos. Por eso, el cristiano no es una persona extraña, aislada del resto, que mira con temor, rechazo o condes-

⁶ «Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!» (Rom 5, 10).

⁷ C. BRUAIRE, *El derecho de Dios. La tarea de pensar a Dios*, Sígueme, Salamanca 2018, 52.

cendencia a los demás. Es una persona abierta, que acoge a todos y busca relacionarse con todos desde la proximidad, aunque no piensen como él, aunque no vivan como él, aunque no sientan como él, aunque hayan hecho cosas muy reprobables en su vida.

Hablamos de acogida y no solo de apertura o respeto, porque el *estilo cristiano* se caracteriza, en este sentido, por una hospitalidad reveladora en sí misma y testimonial por sus efectos de la paradoja del Dios cristiano⁸; radicalmente diferente a nosotros e íntimamente vinculado a cada uno. Por eso, el cristiano no pasa de largo por la vida de la gente, no se desentiende de las preocupaciones sociales; se implica en toda defensa de la dignidad de las personas y del cuidado de la casa común, sin vincularse idolátricamente a ninguna ideología política o económica⁹. Como describió uno de los primeros cristianos a su amigo Diogneto: Los cristianos «viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo»¹⁰.

Su presencia social, fundamentada en estas raíces, lejos de ser manifestada como un meteorito desconectado de los problemas sociales y manifestada como algo ajeno a las inquietudes de la gente, es capilar; insertada en las mismas estructuras sociales, por muy injustos que sean sus funcionamientos, precisamente para que puedan ser transformadas desde dentro. Un cristiano que viva compartimentada su fe, con actos religiosos que jalonan sus días al margen de una implicación social, será un cristiano que todavía tendrá que hacer un largo recorrido para descubrir la dimensión social de su vocación; alejada de toda forma de proselitismo o de todo

aislamiento social, y cercana a la praxis de la Iglesia desde sus orígenes hasta nuestros días.

Indispensable lucidez

Otro rasgo de especial relevancia en nuestros días y significativamente contracultural es que el cristiano sabe habitar el mundo de forma lúcida. Digo contracultural porque es bien sabido —y sufrido— la velocidad a la que estamos sometidos y al cúmulo de cosas que nos ocupan —en el peor sentido de la palabra, nos invaden—.

Como si fuésemos en la cresta de una ola, somos muchas veces llevados sin control hacia opiniones, ritmos de vida, decisiones o acciones que nos alejan de nuestra verdad más profunda y, por eso, también de Dios. Por ello es necesario que el cristiano realice un ejercicio de resistencia si no quiere caer por la pendiente del relativismo y la superficialidad.

Lejos de estratagemas de autoevitación o atrincheramientos cognoscitivos, se hace necesario tener lucidez respecto a sí mismo, llevando al día su vida y no dejándose llevar por la inmediatez y la celeridad. Aquí juega un papel importante dedicar tiempos de calidad a revisar las motivaciones de lo que se hace, cuál es su origen y qué es lo que busca y, en este proceso, reconocer, aceptar y acoger cuanto le aleja de su fe, para, después, tomar las decisiones oportunas que reorienten su camino.

Este ejercicio reflexivo aporta luz, serenidad, consciencia y protagonismo en la propia vida, pero la fe requiere de un elemento esencial para la lucidez pretendida, porque pensar que con nuestra mera razón somos capaces de situarnos suficientemente en la vida, es sinónimo de querer funcionar al margen de Dios. «El último paso de la razón es reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan; es flaca si no llega a recono-

⁸ Cf. Ch. THEOBALD, *Spirito di Santità. Genesi di una teologia sistemática*, EDB, Bologna 2017, 388-392.

⁹ Cf. FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 115, 165, 189, 247; *Laudato si'*, 135, 188, 201.

¹⁰ *Carta a Diogneto*. Un extracto de ella, al alcance de todos, en: https://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010522_diogneto_sp.html

cer esto»¹¹. En este sentido, la luz necesaria solo se alcanza en la oración: «Tu Luz, Señor, nos hace ver la luz» (*Sal* 35, 10).

Quizá, porque en ocasiones no queremos ver lo que hay en nosotros, no ofrezcamos los mejores momentos de nuestra jornada para la oración. Bien sabemos que ante Dios no hay engaño ni doblez, sino verdad y amor. No querer aceptar nuestra verdad, por dolorosa e incómoda que sea, y no acogerla con el mismo amor con que Dios la abraza, es el mejor modo para cortar nuestra relación con él y que nuestra vida se convierta en una caricatura de lo que Dios tiene soñado para nosotros; podremos seguir haciendo cosas buenas, incluso necesarias, pero no serán expresión de nuestra verdad ni testimonio de nuestra fe.

Junto a esta dinámica más personal, si se quiere llamar así, hay otras más en el terreno de juego, como es la sensibilidad y lucidez para intuir la presencia de Dios en nuestra vida ordinaria. Esta, en ocasiones se convierte en un campo de batalla que nos desgasta y nos hace vivir de forma a-tea, sin Dios, porque mermamos nuestra capacidad de descubrir a Dios en lo que y en quienes nos rodean. Si acaso acudimos a él, es para llevarle nuestros gritos y desvelos. Sin embargo, «Dios ha de ser reconocido en medio de nuestra vida, y no solo en los límites de nuestras posibilidades»¹², precisamente para que la vida ocupada que llevamos no nos vacíe, sino que nos llene; para poder descubrir en cada uno la imagen de Dios que lleva inscrita; para poder responderle con generosidad allá donde nos reclame o para poder dar testimonio donde se requiera.

Un último aspecto para ir educando nuestra mirada es la mal comprendida, en no pocas ocasiones, formación. No nos situamos aquí en un ámbito académico, sino de conformación personal con la fe recibida que se quiere madurar y en la que se quiere crecer. A la formación ayuda, de forma inigualable, la misma vida de la comunidad, en la que se contrasta, comparte, profundiza, corrige y celebra toda la vida. Cada momento de participación en la comunidad es un momento de formación cuya asimilación no se juzga con un examen, sino con la inserción más plena en la vida de Cristo. De manera semejante, un aspecto muy denostado en este ámbito es la lectura personal sobre aquellas cuestiones o ámbitos que ayudan a nuestra fe: un libro de espiritualidad para aprender las claves de lo que estamos viviendo y darle nombre y horizontes, o sobre la Sagrada Escritura, que nos ayude a comprender lo que ahí Dios nos dice, o sobre el pensamiento cristiano acerca de cuestiones sociales —política, economía, migraciones, sexualidad, etc.—, o para los más inquietos, sobre alguna cuestión específica de teología —cristología, sacramentos, eclesiología, etc.—

Decidido y decidiendo

Dando un paso más, un cristiano que va madurando en su propia identidad ha de ir tomando la «determinada determinación», como decía Teresa de Jesús, de ser cristiano. No para tomárselo *en serio* mañana o dentro de un tiempo. El futuro se juega en el hoy, y es hoy cuando se toman las decisiones sobre las que se construirá nuestro mañana; tanto las buenas como las malas, por desgracia.

En la vida, pese al contexto que vivimos, pocas cosas se improvisan o vienen caídas del cielo al margen de nuestra voluntad. De ahí que la capacidad de decisión, con sus criterios, opciones y renunciaciones requiera ser cultivada desde las elecciones más pequeñas, cotidianas y al margen de los ojos de los demás.

¹¹ B. PASCAL, *Pensamientos*, 167 (ed. Brunswick; Alianza Editorial, Madrid 2004, 80).

¹² D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión. Cartas desde el cautiverio*, Sígueme, Salamanca 2008, 175.

Solo así se irá acrisolando nuestra libertad; imprescindible para nuestra fe. Siendo más atrevidos, podríamos decir que, para el cristiano la libertad es un deber, por el sencillo motivo de que «Dios solo acoge a hombres [y mujeres] libres»¹³. No quiere marionetas ni borregos, tampoco *zombis* que deambulan sin consciencia ni memoria, sin ilusiones ni esperanzas.

La lucidez reclamada antes, tiene aquí también su protagonismo, porque para decidir hay que querer y para querer hay que pensar; y no me refiero aquí a una mera escucha de nuestras emociones, ni a un acto de voluntad llevado por mil motivaciones, en ocasiones y, en último término, oscuras. Me refiero a un ejercicio del corazón donde toda la vida se pone en juego, porque en nuestras decisiones y actos —también en los más pequeños— vamos expresando y dando forma a lo que somos.

Desde este cimiento, que no es ajeno ni previo a la fe, sino que esta le ayuda a ser más consistente, es desde donde ir construyéndose como cristiano. Por eso mismo, no resulta ser un ejercicio voluntarista en el que ir cumpliendo una serie de pautas y rutinas, o de adhesión a unas ideas o costumbres, sino un suave dejarse llevar por la presencia de Dios que guía y acompaña a nuestra voluntad; un ejercicio de docilidad en el que, cuanto más libre se es, más se busca hacer coincidir nuestro querer con el de Dios.

Solo desde aquí, desde la consistencia de este proceso, que no es cosa de un día o fruto de una fuerte conmoción emocional, es desde donde tiene cabida una respuesta vocacional. Esta tiene que ver con la orientación vital y, también, con el desempeño profesional. Es cierto que, según están las cosas en el merca-

do laboral, solo unos pocos jóvenes pueden dedicarse a lo que están llamados, pero eso no es excusa para vivir, en aquello que no es el empleo que se quiere, cómo realmente se quiere vivir.

Por otra parte, si aquello a lo que uno se dedica no acaba de llenar, no acaba de ser un medio para responder al querer de Dios; por muchas oportunidades que le demos y por mucha generosidad que derramemos, aunque nos asegure una autonomía o estabilidad económica, quizá sea un indicador que nos sugiera —evidentemente tendríamos que contrastar con otros tantos durante un tiempo—, que debemos renunciar a ello. Un horizonte que mide nuestra fe y nuestra libertad para vivirla, muy exigente y estremecedor, es saber que «amar a Dios es renunciar a todo por él, excepto a él mismo y aquello que es y quiere en todos y para todos»¹⁴; incluso renunciar a los propios proyectos.

En este lugar, de búsqueda de decisiones acertadas y criterios sólidos, de purificación de motivaciones y descubrimiento de horizontes, tiene un lugar importante la práctica del acompañamiento. Este, si bien ha tenido una buena acogida en los procesos de educación en la fe, corre el riesgo de ser desvirtuado al no tener clara su finalidad fundamental: discernir¹⁵. No se acompaña para otra cosa sino es para discernir; no solo los momentos cruciales de la vida, sino, también, cotidianamente. Discernir el querer de Dios, discernir cómo se va madurando la propia vida, qué dificultades se tienen, cómo comprender el momento o la situación vital en que me encuentro, cuáles son los criterios del Evangelio, las opciones personales o comunitarias, etc.

¹³ N. BERDIÁIEV, *Contra la indignidad de los cristianos. Por un cristianismo de creación y libertad*, Sígueme, Salamanca 2019, 33.

¹⁴ M. BLONDEL, *Exigencias filosóficas del cristianismo*, Herder, Barcelona 1966, 240.

¹⁵ Cf. L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «Acompañar para discernir: Claves para un acompañamiento espiritual sencillo y serio»: *La Revista Católica*, 1.199 (2018) 300-309.

Si en el acompañamiento no se encuentra un momento de tener más luz —o las claves para tenerla—, lleno más de escucha, silencio y preguntas, que de respuestas, sino un desahogo, o unos consejos que dirijan nuestras acciones sin invitar a elevar la mirada hacia Dios y que sea él quien dirija nuestro espíritu, quizá resulte ser una buena terapia —hecha, en ocasiones, por aficionados a la psicología—, pero no un acompañamiento espiritual¹⁶.

Como el Reino de los cielos

Para terminar, quisiera traer a la memoria algunas de las parábolas del capítulo 13 del evangelio de Mateo. Entre ellas nos encontramos la parábola del sembrador, la del trigo y la cizaña, el grano de mostaza, la levadura, etc. todas ellas sobre el Reino de los cielos.

Es curioso observar cómo en este discurso Jesús no explica en qué consiste el Reino de los cielos —o de Dios, según otros evangelios—; el motivo es sencillo, sus oyentes bien sabían en qué consistían los efectos de la presencia eficaz de Dios en la historia¹⁷. Así lo recoge la profecía de Isaías, en la que se describe la armonía —paz mesiánica— provocada por la llegada del Mesías¹⁸. En estas parábolas Jesús ofrece una serie de imágenes para explicar cómo se desarrolla en la historia la presencia de Dios, por eso, en cierta medida, podemos establecer un paralelismo que

describa cómo se va perfilando la identidad cristiana en la vida de un joven.

En todas ellas está la idea de un progreso lento y silencioso, solo perceptible al final de un largo recorrido. Un desarrollo que ha sido provocado por algo ajeno y distinto a lo transformado —parábola de la levadura—, o alguien que, de forma gratuita, va derramando sus semillas —parábola del sembrador—; que, de manera insignificante, llega a convertirse en algo consistente, capaz de sostener a otros —parábola del grano de mostaza—; que comparte su crecimiento con otras cosas que son contradictorias o lesivas —parábola del trigo y la cizaña— y junto a otros que nada tienen que ver con el reino —parábola de la red llena de peces—; que el juicio sobre lo bueno y lo malo solo depende de Dios, al final de nuestros días —parábola de la red y del trigo y la cizaña—; que requiere de protagonismo, de cuidado, de empeño personal y de responsabilidad —parábola del sembrador—.

Como vemos, este desarrollo del Reino es fácilmente aplicable al perfil de un joven que va siendo cristiano, donde «se delinea el *movimiento espiritual* (en sentido fuerte del término) de entrada y de salida como característica fundamental de la fe [...]; una entrada en la intimidad de Dios con Cristo se sabe ilusoria sino deviene, al mismo tiempo, en “apertura” a la interioridad de Dios en *todo* ser humano y en *cualquier cosa*»¹⁹.

En la medida en que se facilite este movimiento del Espíritu, estructural y personalmente, de acogida y de transformación, el cristiano será un signo del Reino, presencia eficaz de Dios en la historia de cuantos le rodeen, testimonio de un amor fundado en el Absoluto de Dios y encarnado absolutamente en nuestra humanidad.

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

¹⁶ Con esta observación no depreciamos nada, sino que sugerimos la distinción entre modalidades de acompañamiento que, en cierta manera, todavía hay que clarificar (p.e., educativo, pastoral, espiritual) y, también, los riesgos que puede implicar ésta extendida y aceptada práctica pastoral y, por eso, quizá, devaluada.

¹⁷ Eso es el Reino de los cielos o el Reino de Dios: Dios mismo en la historia, aunque sus efectos y su realidad se prolonguen más allá de ella, dado que Dios no puede ser albergado en la temporalidad.

¹⁸ «Entonces el lobo y el cordero irán juntos, y la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león engordarán juntos; un chiquillo los pastorea; la vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas, el león comerá paja como el buey. El niño jugará en la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente». (Is 11, 6-8).

¹⁹ Ch. THEOBALD, *Urgenze Pastoral. Per una pedagogia della riforma*. EDB, Bologna 2019, 125.

FINES DE SEMANA

envío gratis 
en pedidos web

*Síguenos en redes y descubre las
promociones especiales
de Semana Santa y Día del Libro*



*Compras web superiores a 6 € en la Península, del 1 al 30 abril de 2022, de las 17 h. del viernes a las 8 h. del lunes.

**Envío agencia en 24/48 horas en capitales de provincia.

Cristianos hoy entre los jóvenes

Para acercarnos a la figura
de Jesús y su mensaje,
y reflexionar juntos sobre el
testimonio de fe del docente
en la escuela.

Más información:



Más información:



*Experiencias y
reflexiones para el día día
en #Pastoral Juvenil*



www.editorialccs.com

✉ Joaquín Turina 39. 28044 Madrid ☎ 91 725 20 00 @ apedidos@editorialccs.com



@EditorialCCS



facebook.com
/EditorialCCS